



V Jornadas de Sociología de la UNLP

y

I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales

“Cambios y continuidades sociales y políticas en Argentina y la región en las últimas décadas. Desafíos para el conocimiento social”

La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008

Mesa J 3

La Dictadura. Memoria, derechos humanos y justicia

Coordinadores: Laura Graciela Rodríguez, Matías Manuele, Santiago Cueto Rúa

Mercedes Vega Martínez^{*}

María Carla Bertotti[†]

Título: Aproximación a las inhumaciones clandestinas (1975-1983) y su ordenamiento simbólico. Una etnografía posible en los suburbios de la Ciudad de San Miguel de Tucumán.

^{*} Investigadora del Área de Conflicto y Cambio Social, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires y del Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán (GIAAT), Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. Directora del proyecto UBACyT S437 “Las inhumaciones clandestinas (1974-1983) y su realización simbólica en los suburbios de la Ciudad de San Miguel de Tucumán”.

Docente del Seminario de Investigación “Las reconfiguraciones de la subjetividad social” en la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

e-mail: neckyvega@sinectis.com.ar

[†] Auxiliar de Investigación del Área de Conflicto y Cambio Social, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires e Investigadora del Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán (GIAAT), Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. Investigadora del proyecto de investigación UBACyT S437 “Las inhumaciones clandestinas (1974-1983) y su realización simbólica en los suburbios de la Ciudad de San Miguel de Tucumán”.

Docente del Seminario de Investigación “Las reconfiguraciones de la subjetividad social” en la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

e-mail: carlabertotti@hotmail.com

Este trabajo se inscribe en el programa de investigación sobre el Genocidio en Argentina que se desarrolla en el área de Conflicto y Cambio Social del Instituto Gino Germani, en articulación con los trabajos de investigación sobre las especificidades que asumió este proceso, en la Provincia de Tucumán, realizados por el Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán (GIAAT), de la Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

Centraremos la atención en las transformaciones que se produjeron –a partir de 1975- en las relaciones sociales de cercanía y vecindad en el barrio de Villa Muñecas, aldeaño a la Finca de Vargas, en cuyo predio, se encuentra emplazado un pozo de agua que fue utilizado como lugar de enterramientos clandestinos durante el desarrollo del Operativo Independencia¹ en Tucumán. Estos procesos involucraron al entramado social en su conjunto incluyendo tanto a los vecinos, sus interacciones y sus sistemas de representaciones, arrastrando al mundo de las relaciones intersubjetivas a una realidad intangible de vacíos de significaciones, silencios y aislamientos que constantemente presentifican la materialidad de la muerte.

En esta zona, al norte de la ciudad de San Miguel, donde se encuentra la antigua y abandonada estación del Ferrocarril Central Norte –que corría entre la ciudad Capital y los talleres ferroviarios de Tañi Viejo-, las fuerzas militares desplegaron múltiples prácticas de ocupación y disciplinamiento social. En la implementación del exterminio, la generalización del terror estuvo asociada a la orden férrea de silencio. De esta manera lograron imponer las condiciones sociales necesarias que permitieran la apropiación del viejo pozo que proveía agua a las máquinas del ferrocarril, como lugar de múltiples inhumaciones clandestinas.

UNA APROXIMACIÓN A LA HISTORIA LOCAL

El golpe de Estado de 1966 inauguró un período de luchas crecientes, producidas por la implementación de un conjunto de políticas económicas, que acentuaron procesos de concentración, centralización e internacionalización del capital. La movilización popular y la represión, asociadas a la disolución del parlamento y los partidos políticos, a la intervención de las universidades y sindicatos, le imprimieron al período una configuración singular de convulsión que atravesó al conjunto del entramado social.

A medida que el gobierno avanzaba en esta orientación de políticas represivas, aumentaban progresivamente las manifestaciones de resistencia. En este sentido, el cuestionamiento de las bases a la dirigencia sindical tradicional, el surgimiento de corrientes “clasistas” combativas entre los trabajadores sumados a la alianza obrero-estudiantil, la multiplicación de las luchas

callejeras y las puebladas, no tardaron en propagarse por todo el país. La intensificación de las protestas fue conformando un clima generalizado de movilización popular que puso en jaque los “tiempos” de la Dictadura de Onganía. Así, en 1966 el presidente de facto frente a la crisis de sobreproducción que afectaba al sector azucarero en el norte del país, promulgó una nueva *ley del azúcar* que fijaba cupos para la producción por provincia y regulaba oficialmente el precio del producto. Esto trajo aparejado en Agosto de ese año, el cierre de 11 ingenios azucareros, del total de 27 que funcionaban entonces en Tucumán. El crecimiento abrupto del desempleo golpeó duramente a la población y se produjo la expulsión inmediata de miles de trabajadores del azúcar, provocando significativos movimientos migratorios además de un marcado empobrecimiento, tanto de los sectores más desfavorecidos como de los pequeños y medianos productores cañeros.

Esta crisis prolongada fue configurando el escenario para estallidos sociales que a modo de puebladas llevaron a los tucumanos a ganar las calles. Los “Tucumanazos” –el primero en 1970 y el segundo en 1972- constituyeron manifestaciones populares de masas que involucraron a todo el territorio provincial. Las fuerzas populares –que articulaban a los sectores estudiantiles, obreros y trabajadores rurales- ocuparon edificios y espacios públicos desbordando a la policía provincial. Finalmente, con la intervención del ejército, la policía federal y la gendarmería, el régimen logró controlar la situación. Sin embargo, estas experiencias, conjuntamente con otros levantamientos populares, marcaron un punto de inflexión en el desarrollo de las confrontaciones, en tanto pusieron en evidencia los procesos de construcción de una fuerza social, moral y materialmente armada, con posibilidades de profundizar las luchas y disputar poder. En este sentido, las fuerzas del régimen advirtieron que esta escalada en los enfrentamientos sociales conformaba una realidad que debía ser sofocada. Este diagnóstico imponía el despliegue de una nueva estrategia cuyo principal objetivo se orientaba a aniquilar los cuerpos más rebeldes y combativos de las fuerzas populares. El desarrollo del Operativo Independencia en la provincia de Tucumán constituye el primer y decisivo paso en este sentido.

Abocados a estas complejidades de confrontación social en suelo tucumano, y centrados en los procesos de desaparición de sujetos y de sus cuerpos en inhumaciones clandestinas, nos interesa aproximarnos a los modos que adquieren la historicidad y la subjetividad en las transformaciones psicosociales sufridas en un territorio social particular situado en los suburbios de San Miguel de Tucumán: El barrio de Villa Muñecas. En este sentido, debemos aclarar que trabajaremos articulando 3 dimensiones de la realidad que conforman una urdimbre social compleja: la realidad en torno a los ferrocarriles y los ingenios azucareros; la

realidad del Operativo Independencia y la realidad de las inhumaciones clandestinas en el pozo de Vargas.

En la población de Villa Muñecas, durante el desarrollo de la operación militar, las fuerzas armadas y de seguridad dispusieron de un antiguo *pozo* -que durante mucho tiempo sirvió para proveer de agua al ferrocarril que circulaba por la zona-, constituyéndolo en territorio de inhumaciones clandestinas. La militarización del mundo de la vida produjo una realidad social compleja que vino aparejada con despliegues de control férreo y castigos ejemplificadores, órdenes cerrados de silenciamiento y terror. Éstas, entre otras múltiples técnicas de sometimiento, constituyeron las condiciones de posibilidad que habilitaron la aniquilación en la provincia –y específicamente en la zona de la Villa-, y cuyas prácticas sostenidas en el tiempo, transformaron definitivamente la vida cotidiana de los barrios y de la sociedad toda y el mundo de la interacción, que conformaban la subjetividad social.

Esta realidad social dual: *pozo de agua de acceso público – pozo tumba² de inhumaciones clandestinas de circulación restringida*, trajo consecuencias altamente perturbadoras y patológicas por los niveles de desestructuración en el mundo de la vida cotidiana y de la interacción social. Se sometió a los vecinos a una nueva y obligada realidad de *normalidad – anormalidad* y de *visibilidad – invisibilidad* del pozo de inhumaciones clandestinas, que necesariamente desembocaron en procesos colectivos de renegación y disociación social. Los cambios y transformaciones provocados en los sistemas sociales de representación y en su institución imaginaria, son en realidad transformaciones en el proceso de organización de las relaciones psicosociales. Estas cumplen funciones tanto a nivel individual (estructura psíquica) como a nivel social y sus efectos son constitutivos de una nueva subjetividad social. El *miedo y del terror* generados y puestos en circulación por este despliegue sobre la población, producen efectos de *aislamiento, silenciamiento y dificultad de comunicar*, de ponerle *palabras* a las cosas. Los vecinos se ven obligados a *no ver* aquello que *ven*, y esta falta de coherencia entre *la percepción* del sujeto y *el principio de realidad*, sumado a lo que le está permitido *decir* al respecto, desencadenan una perturbación en el mundo de la interrelación con los otros: atravesando, golpeando, impactando, en suma, transformando los modos que asume la realidad social, tanto para sus dimensiones objetivas, como las de la subjetividad social.

NUESTRO TRABAJO EN VILLA MUÑECAS.

Como equipo interdisciplinario, la investigación que desarrollamos en el área de Antropología e Historia del GIAAT, se realiza articulando diferentes prácticas de indagación, configurando

un abordaje metodológico complejo de técnicas cualitativas. Desde los inicios del año 2006 venimos desarrollando una aproximación de tipo etnográfica en el Barrio Villa Muñecas. En esa primera etapa del trabajo de campo, desplegamos técnicas observacionales. Posteriormente, trabajamos con acercamientos y construcción de lazos, para luego participar en la consolidación de vínculos sociales.

En los procesos de interacción, trabajamos con una guía de entrevista que se estructuró en 3 ejes temáticos: las relaciones sociales que se articulaban en función del ferrocarril e ingenios azucareros; los despliegues militares que comienzan con el Operativo Independencia y se continuaron durante la dictadura militar y el funcionamiento del pozo de agua como lugar de enterramientos clandestinos. Luego avanzamos en la construcción de mapas que incluían no sólo la disposición del trazado de las vías, las calles y las viviendas sino también la ubicación de instituciones estatales –comisaría, sala de primeros auxilios, escuela- y de la sociedad civil –asociaciones vecinales, iglesia-. Con el soporte de estos mapeos planificamos el trabajo de campo que finalmente se constituyó en 25 entrevistas a vecinos del barrio, cuyos requerimientos para ser entrevistados consistieron en: ser mayores de 40 años y haber vivido en la zona durante la década del '70.

Este barrio de San Miguel de Tucumán debe su nombre a la estación “Villa Muñecas” que se encuentra sobre el tendido del ferrocarril Central Norte, que se extiende desde San Miguel hasta la ciudad de Taí Viejo donde se encuentran los Talleres Ferroviarios de reparación. La historia de Villa Muñecas se remonta a los años '30 y '40 cuando las primeras corrientes migratorias, desde las zonas rurales a las ciudades, fueron poblando los alrededores de los ingenios y las estaciones de ferrocarril. Es así que en este relevamiento pudimos registrar un gran número de vecinos que fueron trabajadores del ferrocarril o de la producción del azúcar – obreros, asalariados rurales y también trabajadores del surco-.

Durante la década del '90, cuando comienza a implementarse la reforma del Estado, los ferrocarriles fueron uno de los sectores más golpeados por los recortes presupuestarios y los procesos de privatización. De esta manera, el tren de pasajeros comenzó a circular cada vez menos, se despidieron miles de trabajadores ferroviarios y Villa Muñecas fue claramente afectada por este proceso. Los vecinos ponen de manifiesto con claridad los cambios que se produjeron en el barrio y el impacto regresivo de esta crisis.

“...Nosotros de acá, por ejemplo para ir a la escuela lo utilizábamos al tren... Y había gente de Taí Viejo que iba... también, o gente que iba trabajar porque eran horarios claves. Y además que era muy barato. Y muy barato el pasaje, el tiempo... Bueno, el ferrocarril una

vez que ha dejado de funcionar ha quedado aquí mucha gente sin trabajo eh... ahí al frente, donde está ese barrio, no existía el barrio, era una playa donde estacionaban los vagones, había una playa de almacenamiento, eh..., trabajaban casi todos los habitantes de este barrio ahí. Entonces al dejar de funcionar...”

“...Cambió todo cuando dejó de andar el ferrocarril... se ha cambiado mucho... el aspecto económico... en la gente ha cambiado mucho, porque acá la mayoría, digamos casi el 80% era... ferroviario. Y ya bueno... al haberse cerrado el ferrocarril, ya se ha empezado a deteriorar y se ha venido todo abajo. O sea que la gente ha empezado a buscar otras fronteras, otras partes donde haya mejores futuros...”

En los relatos de los entrevistados, no sólo el ferrocarril aparece como referencia importante de la vida social, sino también el trabajo en los ingenios y/o en la cosecha de la caña. El desarrollo de la industria azucarera en el norte del país, estuvo desde sus inicios, muy asociada al tendido de las vías férreas y a la circulación de los ferrocarriles, que garantizaban el transporte de lo producido a los centros de comercialización y a los puertos, para la exportación del producto. De allí, que cercano a los ingenios, las vías penetraran los predios cañeros hacia los cargaderos, que habilitados con plumas y balanzas, conformaban una fisonomía distintiva en el campo tucumano. También las fábricas de azúcar, en sus canchones, contaban con vías y tendidos para maniobras de vagones de carga. Asimismo, ferrocarril e ingenios azucareros articulaban para el barrio de Villa Muñecas, un cúmulo de relaciones sociales, enlazando el mundo de la vida cotidiana de la zona con los haceres laborales y de producción.

“...Porque yo he venido con mi marido a pelar caña. Él trabajaba en la cosecha de caña... Del Ingenio Concepción. Entonces de ahí cuando hemos venido en el '68 a cosechar caña, él era cosechero de caña, que pelaban a mano...”

Si la viabilidad de las economías locales, estaba forzosamente signada por la producción del azúcar, la crisis de la industria azucarera y el cierre de los ingenios en la década de los '60 impactaron fuertemente en la economía provincial y particularmente en la de Villa Muñecas. Los entrevistados evocan aquella época como un momento crítico en sus biografías y en la historia de sus vecinos en conjunto. El desarrollo de las barriadas en las cercanías de la estación, se encontraba geográficamente en un punto intermedio y de tránsito entre las poblaciones del ingenio San José, del ingenio Los Pocitos y la ciudad de Tañi Viejo, pueblos

de movimiento obrero de activa participación política. Este dato sobre el territorio de emplazamiento de la villa, será de una significación considerable. La cercanía de Villa Muñecas, y su condición de paso obligado en la comunicación entre estas zonas de actividad política, cobró una importancia singular para los tiempos del *Operativo Independencia* (1975), en los que las persecuciones y los secuestros a los dirigentes obreros combativos y los desplazamientos clandestinos de la militancia clasista, volvió imprescindible el cobijo y la contención de los mismos, en las poblaciones aledañas y vecinas.

EL OPERATIVO INDEPENDENCIA Y LA PRODUCCIÓN DE LA MUERTE.

En la estación de Villa Muñecas y en sus vecindarios, las fuerzas militares y de seguridad, durante el desarrollo del Operativo Independencia, realizaron múltiples prácticas de ocupación, rastrillajes, persecuciones y detenciones que se prolongaron en el tiempo, hasta bien entrada la dictadura (1975 en adelante). La militarización de la vida cotidiana – operativos rastrillos, razzas, puestos de control- y el despliegue de violencia material fue erosionando y debilitando el nudo de relaciones político-sociales y a las organizaciones barriales, obligando a los pobladores en su conjunto a vivir una realidad nueva, incierta, insegura y atemorizante.

Los procesos de miedo generalizado y el terror que impusieron a los habitantes en esas constantes incursiones, fueron construyendo socialmente la posibilidad de abrir en la zona, un lugar de inhumaciones clandestinas. El emplazamiento se dio en un viejo pozo que durante el siglo XIX, proveía de agua al ferrocarril. Dicho pozo ubicado a la vera de las vías, se encontraba -y aún se encuentra- al interior de una finca cañera, en la que después de los tiempos más duros del exterminio, se abandonó el cultivo de la caña para orientarse al citrus, en el marco de los procesos de diversificación productiva que se desarrollaron en la provincia. La práctica de tirar al interior del pozo los cuerpos de secuestrados –que para la población estaban desaparecidos-, fue haciéndose habitual para los grupos de tareas que operaban en la provincia, como para los pobladores de las zonas cercanas al pozo, que asistían aterrados y en silencio, a la naturalización de esta lógica de aniquilación. Esta producción singular de enterramientos clandestinos, trajo aparejado efectos sociales y psicosociales que le imprimieron características específicas y distintivas a los procesos de disciplinamiento social que se desplegaron en esta región y que tuvieron como principal operador *el terror*. Estos procesos involucraron al entramado social en su conjunto, transformando el mundo de las relaciones y de las comunicaciones entre los vecinos, sus interacciones, los sistemas sociales de representación sobre la vida y la muerte y tornando definitivamente esta materialidad

cotidiana, en una realidad de *ajenidad radical*.

“... Mirá, en esa época por las cosas que pasaban nada te parecía raro, porque acá, por ejemplo, pasaba algo y ya venía el Ejército y se paraba en la esquina y empezaba hacer control de vehículos, de gente... A veces registraban las casas porque tenían armas o como se llama... Hicieron allanamientos... No, para la zona del otro lado, sí, o sea para la calle Viamonte. Mi esposo para esa época vivía ahí y lo han detenido... pero el no sabe adonde lo llevaron... él en esa época trabajaba en Agua y Energía, estaba casado con otra persona... No, secuestrado... allanan la zona esa, la casa y lo sacan a él... que no sabe donde es... a raíz de eso él perdió el trabajo... (...) No, yo le dije a él porque yo sabía que estaban indemnizando y él dice que no hizo nada porque tenía miedo... tuvo miedo... no hizo denuncia, nada... Es despedido aparentemente, él estaba trabajando en esa época en Agua y Energía... No, y estaba trabajando bien, y de ahí creo que han llevado varias personas también... De noche a veces, no teníamos documento y ahí nomás lo llevaban... Sí. Eh... ya sea haciendo guardia, razzias, pero el Ejército tenía una presencia... enorme...”

Los procesos de ocupación militar y control de la población, impusieron un estricto disciplinamiento social que obligó a nuevas prácticas en el desarrollo de la vida cotidiana de los vecinos de barrio. La redistribución y el posicionamiento de los cuerpos-sujetos a esa situación de sometimiento –tanto para el ámbito de la vida privada, como para la ocupación y circulación en los espacios públicos, modificando los horarios de desplazamiento diurnos y nocturnos- comenzaron a regir los nuevos ordenamientos. Los entrevistados refieren especialmente al retraimiento que se produjo desde el espacio público al privado, que se manifestaba en la progresiva disminución de la vida de relación y de interacción entre los vecinos así como de las salidas, de la circulación y la estancia por el barrio:

“... En la zona de la finca yo no sé si irían, porque aparte uno ya temprano se acostaba, uno no podía circular, andar por el barrio. Vos tenías la precaución de buscar las cosas temprano y ya llegaba cierto horario que ya... te metías adentro... Sí, te metías adentro...”

Asimismo, los jóvenes que vivían por entonces en Villa Muñecas rápidamente ajustaron sus desplazamientos y actividades a las zonas y horarios permitidos por el ejército, teniendo que adaptarse a las nuevas condiciones impuestas.

“... Éramos amigos todos, y una noche, y nosotros no acostumbábamos a llevar documentos, y cuando veníamos a casa... habrán sido como las doce de la noche y ahí en la esquina nos intercepta la Policía, no era el Ejército... y este... nos pide documentos... y bueno, nosotros no teníamos... Yo habré tenido 15, 16 años, los chicos que venían con nosotros, tenían, porque generalmente el varón siempre lo carga al documento porque lleva el porta documentos o la billetera y ahí lo lleva, las mujeres si no salimos con la cartera no lo llevamos... entonces, este... nos dicen “¿de donde son Uds.?...” “nosotros vivimos acá, a media cuadra” “bueno ¡ya! ya desaparezcan vayan a la casa porque sino los detenemos...” así que más pronto que volando nos hemos venido para la casa, y después ya teníamos la precaución de andar con documentos... Estaban patrullando... Ellos se paraban en la esquina, porque decían que de la esquina esta podían salir... suponiendo que había guerrilleros... sí hacían un atentado salían... era una vía de escape por acá... Claro, salían a Tafi Viejo por acá, o sea que para ellos esta esquina era un punto clave...”

Otras señales muy interesantes que surgen de los relatos, son las referencias constantes de los entrevistados a la realización de *apagones* generalizados, como una de las prácticas que los militares utilizaron frecuentemente para trasladarse por la zona sin ser observados, al mismo tiempo que aterrorizaban a los vecinos, sumidos en la oscuridad.

“... Se apagaban las luces... Sí... Sí, sí, sí sucedía, sucedía... Si se habrá llorado en ese tiempo, porque nosotros llorábamos cuando se apagaban las luces, veíamos esos operativos, acá nos metíamos todos en una sola pieza, ahí en esa que es la del medio, ahí teníamos todas las camas nosotros... nosotros éramos seis hermanos y vivía entonces eh, una de mis hermanas casada, vivía aquí con nosotros, pero todos, todos nos metíamos ahí. En el medio, estar en el medio y nos sentíamos así cubiertos... (Silencio)... Si, si, es como en las guerras la sirena... Todo el tiempo, de Bussi y un poquito más...”

Conjuntamente con los *apagones*, sobrevinieron los vuelos rasantes de helicópteros, munidos de grandes reflectores, que mientras el barrio estaba a oscuras, iluminaban con gran potencia, casas, patios, personas, coches, dejando a lo iluminado, en un alto nivel de exposición y a modo de blanco.

“...Lo que sí se sentían eran los helicópteros y los helicópteros andaban siempre de noche. En esa época yo era chica, digamos, tenía 13, 14, 15 años y bueno, me acuerdo de esa época

y sí, los helicópteros pasaban de noche...”

“... Cuando iban a pagar las luces, cuando apagaban a las 11 de la noche, es porque ya iban a venir, para que no se distinga que coches venían, quien venía dentro y todo eso, debe ser... y si, se veía a veces un, recorría primero un auto, parece que venía a hacer, a supervisar ahí, y de ahí, y después ya apagaban las luces...”

Si bien hablar de la vida cotidiana de esos tiempos con los entrevistados no nos fue de fácil acceso y requirió de tácticas ingeniosas que habilitaran los encuentros, orientando la charla hacia el relato de los recuerdos -todos ellos de gran importancia para nuestro trabajo- fue particularmente difícil y muy significativo, cuando en las entrevistas nos aproximábamos al núcleo de nuestra problemática, en relación al pozo de agua que había sido utilizado para las inhumaciones clandestinas. Las referencias al mismo y a los territorios de sus alrededores constituyeron en las rememoraciones unos relatos inconexos, cargados de largos silencios, faltos de verbalizaciones que le dieran sentido. Los enunciados de los entrevistados aparecen atravesados de múltiples planos discursivos que semejan contradicciones y que oscilan entre *ver-no ver, saber-no saber, necesidad de nombrar-imposibilidad de encontrar palabras*, acerca de este lugar materialmente *visible-invisible* para ellos y absolutamente *normal-anormal* en el destino de las inhumaciones clandestinas.

“...no lo conozco, no conozco nada...no... así... no. Yo no salgo a ningún lado, yo no salgo... nunca me comentaron nada... a veces, bueno... uno cuando se pone a conversar así... pero no se si será verdad o no... contaban del pozo, parece que ahí estaba ese pozo, que ahí estaba la gente... bueno, pero yo nunca he visto nada... no ando, no sé...”

La necesidad que emerge en el relato de establecer una distancia respecto del pozo y las prácticas asociadas a este lugar, resulta evidente. Sin embargo y al mismo tiempo, en el encadenamiento de los enunciados emergen referencias al pozo que dan cuenta de los procesos de producción y circulación de representaciones sociales acerca de este territorio destinado al depósito de la muerte en el barrio, generalmente delegando ese saber en otros.

“...No, a la gente decían que no,... que,...se sabía que había un pozo ahí en... para esa parte, en... que había un pozo ahí, pero nunca hemos tenido nosotros la curiosidad de ir a ver... nada, nada ¿ha visto?...”

Este mundo de realidades intangibles que habitan los vecinos desde la llegada de los vehículos militares y de sus helicópteros, desplazándose temerarios por las noches, recobra materialidad en el territorio del pozo. Los vecinos han escuchado los comentarios que circulan, han imaginado en silencio, han atribuido al predio todas las condiciones atemorizantes.

“...Iban... las camionetas, la primera vez nosotros se hemos asustado, todos. Vivía mi mamá, vivía allá, ahí vive mi otra sobrina... y qué cosa rara que todas las noches sea eso. Todas las noches pasaban (Silencio). Y era un solo... las camionetas. De noche, empezaban más o menos como a las dos de la mañana, y de ahí hasta las cuatro... así más o menos, ya no pasaban más. Y... de lo que veíamos nosotros, iban..., así, pasaban y decíamos qué será lo que pasaba que iban tantos autos y camionetas. (...)Y a veces... algunos tenían miedo de que vayan a andar con problemas, no querían decir nada... todas las noches. (Silencio) Sí... mucho tiempo, sí...”

“...Cortaban la luz, toda esa zona del barrio cortaban... Cuando cortaban la luz, ya al rato, ya aparecían, para aquí venían, los... así, dos camionetas, con autos, ¿así ve?, para ahí, y de ahí, de ahí, bueno ahí seguramente que, iban a tirar algo... porque por algo cortaban la luz.”

Ya no es necesario que se despliegue la guardia armada custodiando la finca ni el brocal, los muros invisibles del peligro que acecha, impiden el paso y la circulación de los pobladores por las zonas aledañas. El sistema de representaciones sociales se ha transformado y para el imaginario, ya es el territorio el que se torna amenazante. Las madres de la zona, les imponen a sus hijos órdenes de prohibición para acercarse y en sus enunciados se deslizan las circulaciones fantasmáticas y los silencios prolongados.

“... Yo pienso que lo destruyen cuando comienzan a pasar las camionetas, por que antes estaba... Más o menos en el 70. Puede ser, muy claro no lo tengo. Fue mucho tiempo. Mientras estuvo en el mandato Bussi. Desde que asume. Pasaron meses, casi un año, después que asume. Sí, se lo veía al pozo... Nunca se ha visto gente cuidando. Cuando íbamos a sacar leña, se sentía los rumores que tiraban gente en ese pozo, mi mamá no nos dejaba ir. Se veía gente como si estuvieran esperando, la gente comentaba que llevaban bolsas de cal y pensaban que estaban haciendo algún trabajo. Había semanas que no pasaban todos los días. Pero otras eran hasta sábado y domingo...”

Los recursos movilizados para rellenar el pozo por las fuerzas militares, cuando éste dejó de ser funcional en las tareas de exterminio, fueron cuantiosos y duraderos en el tiempo. Los eventos de relleno –para hacer desaparecer, tapar materialmente, borrar el pozo del perfil del suelo- implicaron una empresa compleja de varios días por cada intento. Se requirió del trabajo de numerosas cuadrillas de obreros, de máquinas topadoras y tractores y la circulación de decenas de camiones transportadores de piedras, arena y tierra para sellarlo. Los esfuerzos para tapar el pozo de agua –de 3 metros de diámetro y aproximadamente 40 metros de profundidad- fueron infructuosos en las dos primeras intentonas y los recuerdos de los vecinos dan cuenta de cuanto han registrado al respecto.

“... Sí se veía cuando pasaban los camiones con ripio, arena... (Silencio) No ya va a hacer como..., si no sé si ha sido en el ochenta y... pero una, hay una señora allá, que ella le ha, le ha tenido a todo, le ha dicho... Uh... cualquier cantidad de camiones, traían tierra, piedras de esas grandes, todo. (...) No, no me acuerdo... no, no me acuerdo bien...”

“... Que lo han tapado, yo creo que en la Democracia, me parece que sí, no me acuerdo bien yo ya... yo también he andado ahí, cuando preguntaban adonde era el pozo, claro que después estaba todo cambiado, ya... pero, más o menos... pero si han sacado ripio, han sacado durmientes, puede ser que hayan cavado ahí donde era...”

En los recuerdos, los entrevistados no pueden ser precisos acerca de los tiempos, ni de los lugares. También se registran confusiones sobre las actividades que refieren a los actos de inhumación con los eventos de sellado del pozo. El relato es errático y de muy difícil eslabonamiento:

“...Hacía calor. Sí, hacia calor... No eran gente. No deben ser gente buena, a los que han venido a tapar -pienso yo- que no deben ser gente buena porque con qué motivo han tenido que taparlo... Todo de noche, todo ha sido de noche. Porque sabían que gente que transitaba de día, las trabajadoras, entonces todo de noche...”

“...Si no lo tapan, lo han cavado si lo están sacando, si han encontrado cadáveres ahí... Esa agua que viene, viene desde ahí... Sí, algo creo que con... le han tirado tierra, se ve que lo habían tapado con tierra, en camiones... decían. Yo de aquí no distinguía. Sí camiones que iban y hacían tirar tierra. De estos camiones volcadores que tiraban tierra. Y eso habrá sido en el 70, 73. Por el olor sería que lo han hecho tapar. Fue después del '76, después, después. Ya estaba. Estaba Bussi...”

“... Era quinta, hasta ahí llegaba la finca de Vargas, porque yo sabía trabajar ahí, iba a cosechar limón... varias mujeres de aquí... hombres, mujeres... Una vez andábamos cerca del pozo y no se podía juntar (acercar) porque era un olor inaguantable... (...)Después han echado, no sé... estaba creo que mi primo estaba de encargado ahí, ha sido el que ha denunciado eso, el olor que salía, han venido, han echado cal...”

Las remisiones a los olores que emanaban y a los depósitos de cal, en los procesos de sellado, nos permiten configurar la situación y las características que fue asumiendo el territorio de los enterramientos.

“No, no recuerdo cuando lo han tapado, pero si claro, ha habido movimiento de máquinas... Y después parece que han tirado cal ellos, se veía plantas o en los cantos de brocal, que tiraban cal ahí, mucha cal, y después de eso, al tiempo lo han tapado... El 76, ha sido el epicentro, digamos ahí... Claro sí la primera tapada... ya al último, si más o menos esa fecha, 78...”

“...cuando querían tapar el pozo, ya venían de día... Venían de día, venían de día ya, eso lo han tapado en un rato... y sí, pero con las maquinas lo han hecho rápido, en días, si los camiones venían unos tras de otros, dicen que venían y descargaban ahí. Si ahí, cuando terminen de sacar el ultimo ladrillo que terminen de sacar, porque están sacando ladrillos todavía, cuando estén por sacar el ultimo ladrillo inmediatamente ya van a encontrar cal, mucha cal, y ahí no más ya están los cuerpos, así que ya están cerca porque ya están sacando casi los últimos ladrillos, dicen que han encontrado cal... Restos de cal, sí, así que no debe estar lejos, un metro, dos metros...”

En este sentido, es muy interesante aproximarnos a los efectos psicosociales producidos en la materialización de los eventos para hacer desaparecer el pozo del perfil del suelo, por que esta desaparición, este borramiento de la existencia material, produce una desaparición, un borramiento del momento, del lugar y del objeto.

“... Si, yo vivía por aquí cerca, de aquí vivía, y me he enterado claro, del pozo, porque todo el mundo, claro, sabe del pozo, además de la existencia exacta, después de que lo han tapado, se han criado yuyos, ya nadie sabía casi exacta la ubicación, pero más o menos que zona...”

Esta primera aproximación al análisis de las entrevistas nos permitió acercarnos al cómo de

ese hacer específico, a los procesos de construcción de las condiciones sociales necesarias para que fuera posible la apertura de un lugar de inhumaciones clandestinas en el viejo pozo de agua del ferrocarril de la zona. Visible para cualquier habitante del barrio y para cualquier vecino que transitara por el cruce del Camino al Perú y las vías ferroviarias. También visible para los maquinistas y el personal del tren que por varias veces al día circulaba a la vera del pozo.

Sin embargo, esta visibilidad tangible materialmente no se evidencia en los discursos que evocan las circunstancias referidas. Más bien la remisión aparece de forma elíptica, poco precisa y la gran mayoría de las veces faltas de ubicación y de palabras.

RECONFIGURACIONES DE LA MUERTE.

Los procesos de vida y los relativos a la muerte constituyen para el sujeto, el núcleo de desarrollo de su propia biografía. Así van construyendo para sí una “ubicación” de la vida y una “ubicación” de la muerte como configuraciones que son constitutivas de su propia subjetividad. Si la vida implica ese mundo de interrelación y de reconocimiento con los otros de la interacción, los procesos de muerte de los otros significantes, se orientan a conformar para él la idea sobre su propia muerte, donde se reconoce. Esta construcción de legitimaciones en la institución de la vida y de la muerte, habilita a que cada uno pueda continuar con sus haceres cotidianos después de haber sufrido una muerte cercana, una falta que le refiere a su avance hacia su propia falta. Este dolor por la ausencia del ser querido necesita ser apaciguado para no interrumpir los desarrollos de su propia vida. En este sentido, el duelo y los ritos que lo acompañan hacen aceptable y preparan al sujeto para esa ausencia irremediable. Por lo que la muerte se va rodeando de atributos –muerte digna, correcta, aceptable- que la constituyen como una experiencia posible³.

En Villa Muñecas, la producción de la muerte en el pozo destinado para las inhumaciones clandestinas produjo una grieta, una brecha en los sistemas de representaciones respecto de *esas muertes otras*. Se fue abriendo un distanciamiento que posiciona a los vecinos en una relación de extrañamiento radical en relación a *esos muertos otros* que fueron arrojados al pozo. Esta imposibilidad de reconocer en esos *muertos otros* la muerte de un semejante, constituye uno de los aspectos más significativos de la realización simbólica del exterminio en esta realidad.

“...Sí, en ese año. Pero yo no sé si estos habrán sabido tirar porque en el tiempo había la guerrilla, que decían, si en el año 70 creo que tiraban ahí. Los comentarios que hacían ahí,

iban de noche se sentían autos camiones que pasaban...”

“... por que ahí había unos alambres tirados... ellos los han desatados, los han cortado, que se yo, y ha sido cuando han tirado. Pero mientras tanto, ya habían tirado gente ahí... decían no... eso ya no lo he visto...”

La materialidad del cuerpo y de todos los elementos que le son inherentes para la cobija y el resguardo, emergen sobre el contexto, abriendo a un sinnúmero de imágenes, representaciones y eslabonamientos de significación que constituyen la base de las conversaciones clandestinas. Los vecinos crean y recrean las situaciones, los objetos y las referencias a los sujetos. Hablan de gente, cuerpos, cadáveres, personas. Hablan de zapatos, sábanas, vendas y algodones. Todos ellos enunciados que pronuncian la muerte, sin embargo, aparece como una muerte cargada de absoluta ajenidad y anonimato, cuyo destinatario se vuelve difuso y el perpetrador como un neutralizado sujeto de la acción.

“...Lo taparon después, después de que dejó de funcionar ya la gente tiraba animales, basura y después dicen que los militares han tirado cadáveres... que se yo... No, no nunca lo han sellado a eso... Tiraban basura, animales ahora eso de cadáveres te digo sinceramente si te digo que si, te miento...no lo se... Claro se escucha, se escucha, ahora, ahora se escucha que han empezado a cavar viste pero antes no, antes no....nadie ha dicho nada...”

“...El pozo ese tenía durmientes, como los durmientes de la vía, los tenía así, atravesados, hasta abajo... y parece que tirando las personas ahí, quedaban agarradas, algunas...”

“...según el comentario de la gente decían que llevaban ahí gente que mataban y tiraban en el pozo... Pero yo no sabía la dimensión del pozo pero por lo que veo que están trabajando debe ser un pozo muy, muy profundo...”

“...En el barrio se decía que en la “época del extremismo” se llevaban cuerpos al pozo...”

“...Dicen, pero yo tenía amigos que veían todo de noche. Pero nadie decía nada por temor. Estábamos sugestionados. Si, venían columnas de a uno, y a la noche pasaban y eso sucedía ahí. Escucho que se tiraban cuerpos. Si se veía, al otro día había vendas, algodones, todas esas cosas y la sangre que había a la vuelta... y le daban un culatazo y era hondísimo. Muy profundo. Yo trabajaba de noche cuando los veía, y a veces andaba en la orilla y venían las luces, daban vueltas y minutos, minutos estaban y se iban...”

“...Nadie quería abrir la boca, todo quedó en suspenso. Mucha gente sabe lo que ocurrió en ese pozo, muchísima... los mismos vecinos de ahí. De la colonia, trabajaba en esa finca a veces de día o a veces de noche, con tractor ahí se veía lo que pasaba. Yo siempre he sido

experto. Si alguien me encontraba, no iban a sospechar, yo estaba trabajando en el tractor y no era para ramiar un muerto para tirarlo ahí. Después hubo un señor que estaba bastante complicado con los extremistas, no me acuerdo. Después que lo tapan, se llena de casas la cuadra, incluso el portón es nuevo... Mucha gente sabía, pero nadie quería hablar por desconfianza. Pero esto únicamente ha sido en el gobierno de Bussi. Fue en la época de Bussi... Venían camiones, eran camionetas o combis cerradas. En el mismo año que quemaban los cuerpos en el Cementerio del Norte....”

Las emanaciones que producía la muerte que estuvo destinada al pozo, provocaron la reacción de los vecinos. Reacción que es traducida en palabras que nombran y denuncian los efectos. El olor fétido, difícil de soportar asociado al territorio del pozo, preanuncia en los relatos, la suposición de esa misma muerte sin responsabilidades y sin destinatarios. Esa ajenidad radical de los procesos que llevaron a la fabricación de cadáveres, envileciendo la muerte, donde el sujeto expropiado del mundo de la vida no puede ser considerado como un semejante, se rebela en cada recuerdo.

“... Está tapado no sé, pero según lo que decían lo han venido a revisar, que decía de ahí el pluvial que no podía comer cuando hacía calor que venía un fétido. Y, ya le digo porque yo también he venido por ahí. Lo he cruzado, que me dejaba el colectivo allá cuando trabajaba en Taft Viejo. Y eso habrá sido por el 85, 86. Yo venía por ahí, si había olor. Tiraban caballos, vacas. Pero es diferente lo otro era profundo. Distinto. Y de ahí el payo, el payo montero ese no ha podido comer dice del olor. Después, dicen que le han tirado cal...”

En este avance expusimos los primeros resultados de las indagaciones en relación a las reconfiguraciones objetivas y subjetivas que se produjeron en la realidad de Villa Muñecas a partir del despliegue del Operativo Independencia. Las especificidades de estas reconfiguraciones simbólicas que implicó la militarización de la zona y la utilización del pozo de agua –emplazado en un lugar accesible y visible del barrio- para la realización de inhumaciones clandestinas, son múltiples y de una gran complejidad. Para su abordaje, trabajamos con la articulación de diferentes cuerpos teóricos que nos permitieran hacer inteligibles los procesos sociales que se desarrollaron allí y que nos abrieron numerosas líneas de investigación y análisis que nos proponemos continuar en el desarrollo de nuestra investigación.

NOTAS:

1. Operación militar que se inicia el 5 de febrero de 1975 y tiene como objetivo general *aniquilar el accionar subversivo en la provincia de Tucumán*, según la orden que emana del Decreto 256/75 firmado por María Estela Martínez de Perón. El día 6 de Octubre de ese año, el gobierno firma 3 decretos más: el Decreto 2770 que apertura la creación del Consejo de Seguridad Interna. El 2771 que habilita a la firma de acuerdos con las Fuerzas Policiales, Servicios Penitenciarios y Gobiernos Provinciales, y el 2772 que legitima bajo marco legal la participación de las Fuerzas Armadas en la producción del aniquilamiento. En estos 4 decretos, dictados en el transcurso del año '75 no tan sólo se especifican las ideas que regirán las acciones, sino que se prevén los efectos a lograr, ampliando el compromiso a todas las Fuerzas Armadas y a todo el territorio nacional.
2. Hemos categorizado al lugar de inhumación clandestina como *pozo tumba* atendiendo a las características que asumió la construcción de dicho pozo en el período de las operaciones militares.
3. Agamben, Giorgio (2000) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Editorial Pre-textos, España, 76-77.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio (2000) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Pre-textos España.
- Augé, Marc (1998) *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa. Barcelona.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas (2003) *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Calveiro, Pilar (1998) *Poder y desaparición*. Colihue, Buenos Aires.
- Crenzel, Emilio (1991) *El tucumanazo*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Guber, Rosana (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Norma, Buenos Aires.
- Maneiro, María (2005) *Como el árbol talado. Memorias del Genocidio en La Plata, Berisso y Ensenada*. Al Margen, Buenos Aires.
- Marín, Juan Carlos (1996) *Lucha de calles, lucha de clases*. Rosa Blindada/ P.I.Ca.So., Buenos Aires.
- Thomas, Nicholas "Epistemologías de la antropología". www.unesco.org/issj/rics/153.
- Vega Martínez, Mercedes (1999), "La Desaparición: irrupción y clivaje". En Ruth Sautu (comp.) *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Editorial de Belgrano, Universidad de Belgrano, Buenos Aires.

